

X.

Por la misma razón que el Terror había confundido al rey con la monarquía, confundía también la oposición con el tribuno. Decapitando al orador, creía acabar á un tiempo con su partido; pero este partido no eran ni Bailly, ni Barnave, ni Brissot, ni Vergniaud: era el derecho despreciado, la vida amenazada, la propiedad inquieta, la conciencia injuriada. El terrorismo podía ahogar con un flujo de sangre en la garganta de un orador una palabra de oposición; empero, ¿podía acaso hacer lo mismo con la indignación concentrada de todo un partido?

Así, el día en que encargó á la guillotina la impugnación de algún talento oratorio, debió necesariamente suceder, que de suplicio en suplicio, tuvo que refutar los argumentos de la Francia entera con el filo de la cuchilla. Cuantas más cabezas cortaba para destruir obstáculos, más resistencias se creaba con sus ejecuciones en masa; porque en nuestras modernas sociedades se encuentran las existencias tan solidariamente unidas entre sí, que herida una de ellas todas se resienten á la vez.

El Comité de Salud pública decapitaba la dignidad real, y no era esto suficiente para alcanzar sus fines: caía bajo sus golpes la Gironda, y tampoco bastaba: mataba á las mujeres, á los niños, á los ancianos, y no lograba su objeto: ametrallaba, ahogaba en el Océano, ó como se decía por eufemismo, *deportaba perpendicularmente*, y tampoco lograba su objeto. La opinión rugía en silencio, indignada á la vista de tanta carnicería, y amenazaba hacer justicia.

A fuerza de herir ciegamente, á derecha é izquierda, á amigos y á enemigos, á todo lo que la cólera del momento venía á colocar bajo el filo de su cuchilla, el Terror acostumbraba insensiblemente al pueblo á los espectáculos sangrientos. La muchedumbre no reconoce una idea sino es por el nombre de algún personaje asociado á la misma, y suele ignorar sobre qué cabeza descansa la Revolución.

«¡Pueblo imbécil! decía Danton en el momento de subir á la fatal carreta: ¡gritará viva la república cuando me vea pasar!»

Y en efecto, el pueblo gritó: ¡viva la República! al morir Danton: ¡viva la República! al morir Robespierre. Acostumbrado á confundir la fuerza con la República, consideraba siempre á esta al lado del vencedor, y victoreaba ciegamente al último que se le presentaba.

No faltó quien se aprovechara de este error.

XI.

Empero, aun ha hecho más el Terror: ha despojado á la Revolución de la aureola de gloria que supo conquistarse en sus primeros tiempos. La democracia, lo mismo que la monarquía, necesita prestigio. Esta última trata de alcanzarlo con el recuerdo de su antigüedad: la República lo busca en el talento de sus hombres de Estado. Si quiere tener una representación en el mundo, es indispensable que infunda respeto en su derredor, y lo logrará colocando al frente del pueblo hombres dignos y conocidos, en virtud de los cuales y por los cuales el pueblo se sienta crecer, y contemple con orgullo su propia imagen.

En efecto, ¿qué sucedió tras la reglamentada carnicería del Terror? Que la República, desprovista de los notables oradores que constituían su corona, dejó libre el campo al único hombre notable que apareció en aquel momento.

Y cuando apareció, pudo aventurar sin temor cualquiera empresa; lograr cuanto quisiese, porque ya no había en Francia caracteres enérgicos: el Terror los había destruido todos. Quería educar la Francia para la libertad, y para llevar á cabo esta obra tres veces santa, hizo vibrar la cuerda del temor, aquella que ni reflexiona ni raciocina; que atemoriza al pueblo, y que para inspirarle el sentimiento de su grandeza, le enseña á reinar temblando. El éxito, en verdad, fué demasiado completo. Tanto se aterrorizó al país, que el Terror, cuyo reinado debía limitarse al tiempo del peligro, se estralimitó hasta el punto de dejar marcado su sello sobre el semblante de nuestra generación.

En aquella época las madres, ó mejor diremos, las viudas, despavoridas por los lúgubres clamores del matadero, daban á luz á sus hijos temblorosos y siempre dispuestos á palidecer de espanto al escuchar solo la palabra *democracia*.

Estos hijos aceptarán en el mundo toda clase de servidumbre, con preferencia á la parte de soberanía que les corresponde, porque detrás de la soberanía nacional, se les aparece siempre, á causa de la natural enfermedad de que adolecen, el sangriento cadalso del Terror. ¿Qué hizo, pues, el Comité de Salud pública? Para alejar el peligro de una hora, destruyó el porvenir del pueblo.

XII.

Mas, ¿á qué tanto raciocinar contra el Terror? ¿Acaso el grito de la conciencia no le condena de antemano, como la depravación de toda idea

moral y la confusion de todo sentimiento de justicia? Un hombre, subiéndole la escalera del cadalso, dice:

« ¡He matado, y muero! »

Es el asesino, según el código penal.

En el mismo instante, sube otro hombre la escalera de su palacio, diciendo:

« ¡He matado y gobierno! »

¿No reparais que el escándalo producido por el asesinato impune, promoverá una horrible emulacion de asesinato en el alma de la plebe y del malvado?

Sin duda, mas de un dictador republicano, en medio de tan fúnebre cosecha de cabezas separadas del tronco, recordaba las delicias de su pasada juventud, y por un efecto de imaginacion, soñaba suspirando el momento en que, abdicando la parte que ejercia en la dictadura, podría ir á recoger con mano aun tinta en sangre las flores de su jardin ó las frutas de su huerto.

¡Abdicar!... ¡Dios eterno! Pero, ¿cómo hacerlo? En primer lugar, hay quien no se lo permitiría, y es el partido exaltado, que ha conducido al dictador hasta el poder. Dueño en lo sucesivo del mismo soberano que ha levantado sobre la muchedumbre, no consiente en separarse de él. Aficionado á los asesinatos, este partido se ha familiarizado con la efusion de sangre, y á cualquier precio es indispensable otorgársela. Sea de los unos ó de los otros, no importa; con tal que sea sangre, sangre roja y caliente; y si después de escitada su sed, se trata de engañarle, entonces pedirá la sangre del mismo dictador, y este verá despavorido delante de sí á aquella multitud anhelante, dispuesta á devorarle á la primera ocasion.

XIII.

Mas no termina todo aquí: ha querido manifestarse en espantoso espectáculo, y levantarse mas allá de toda consideracion humana. Veinte mil, cien mil ciudadanos: ¿quién podría contarlos? han pagado con su libertad ó con su cabeza la triste suerte de encontrarle á su paso. A cualquiera parte que dirija la vista, se le presenta una mujer llorando, y un hijo que tal vez hace algo mas que llorar.

El Terror difundido por todas partes, refluye en el mismo dictador, y este, pálido, horrorizado de todas las sentencias de muerte que firmara su mano, y que vé transcritas en su frente, intenta volver á la vida privada, temeroso de encontrar un vengador en cada esquina. ¡Y se hace

todavía la ilusion de que le será dado ir á respirar los aires de la primavera en medio de los verjeles en que pasó su infancia!...

No: si la violencia tiene su lógica, la moral tiene tambien su fatalidad. El dictador empieza invocando el Terror para salvar al pais: después lo pide para salvar al mismo salvador; de manera, que cuanto mas usa del cadalso, mas necesarias se le van haciendo sus funciones. Lee su sentencia de muerte escrita en la reposicion del derecho comun, y se estremece ante la idea de que uno de sus cómplices se encargue de antemano de ponerle en paz con la opinion pública. Una vez derribado su adversario, abate á sus amigos, á sus colegas; crea el vacío en torno de sí, y solitario y maldecido, queda en pié sobre el poder vacilante, como sobre los últimos restos de una pared arruinada. El muro, sin embargo, cruje bajo sus piés; desplómense las piedras una á una, y sintiendo que la falta el punto de apoyo, lanza un grito y se hunde en el abismo.

XIV.

El hombre que con mas propiedad representa el bello ideal del terrorista, es sin disputa Robespierre. Su físico está en armonía con su mision: hundidos los ojos, inyectado el rostro de bilis, de sus labios se desprende una siniestra sonrisa, y su nariz, notablemente abierta, parece aspirar el rastro de su presa.

Al observar su elegante porte, y el lujo de su traje, se reconoce á un hombre que tiene buena opinion de sí mismo y cuida de su persona. Pero debajo de estos vestidos no late sentimiento alguno. Mientras dura el combate, permanece á retaguardia del ejército: ganada la victoria se coloca al frente de la columna. Otros afrontan el peligro con el pecho descubierto: ¿dónde está Robespierre? Se esconde. El 20 de Junio no aparece: el 10 de Agosto tampoco. Al llegar la crisis no se le encuentra en ninguna parte.

Robespierre no sabe comprometerse: se resguarda, se observa. No tiene mas talento que el del cazador al acecho que espera la ocasion. Nómbranle miembro de la municipalidad, y dimite: miembro del Tribunal Revolucionario, y no acepta: individuo del Comité de Salud pública, y allí bosteza, se duerme, ó finge dormir, y acaba por no asistir mas á las sesiones.

Encerrado en sí mismo, y misterioso como la esfinge de Tebas, tiene constantemente dos palabras y dos puertas de salida: ya pide la abolicion de la pena capital, ya aboga por su conservacion: hora predica la paz, después la guerra: acusa ó protege á Marat; denuncia y defiende á

Camilo Desmoulins; ensalza á la Montaña, y el último de sus dias apostrofa á la Llanura en los siguientes términos: «¡A vosotros, hombres puros, vengo á pedir asilo!»

No obstante los tiernos pensamientos que en su juventud puso en verso, no sentia afecto hácia nadie. Tuvo cómplices, pero no amigos. Quiso tener inferiores, pero no iguales. Cualquiera que le eclipsase merecia la muerte. Guillotinó á los talentos que descollaban sobre su cabeza, para que la gloria de la elocuencia, descendiendo de rama en rama, llegase hasta su nivel.

Cuando por casualidad sonreia, su alegría iba acompañada de un no sé qué de trágico. Dentro de su corazon proyecta la muerte de Camilo Desmoulins. Empieza ridiculizando la defensa de Phéliepeaux: «Camilo se figura componer filípicas, dice á los Jacobinos, cuando lo que hace no son mas que *filipoticas*.» Con este juego de palabras hacia Robespierre señas al verdugo.

Por mucha que sea su risa, es evidente que tiene miedo. Sostiene de su propia cuenta una numerosa policía, hasta en el seno del Comité de Salud pública. Apenas sale á la calle, y cuando pasa por ella, va escoltado por un tremendo perro, y por guardias de corps, látigo en mano. Regresa de noche á su casa; enciende la lámpara, y escribe largamente. Deposita sobre el papel toda la hiel que encierra su alma. Cada rasgo de su pluma es un acta de acusacion. ¡Sangre! ¡siempre sangre! Este monómano de la sospecha necesita cada dia un baño lleno de ese líquido.

La gracia parece conmoverle un momento. Va á proclamar en la plaza de la Revolucion al Sér Supremo (antes Dios, segun la espresion de aquella época), y en el mismo instante en que regresa de la fiesta, engreido de su pontificado de un dia, y empenachado con plumas tricolores, deposita sobre la mesa del Comité de Salud pública el ramillete que majestuosamente llevaba en la mano, y allí, llena aun la boca con el nombre de Dios, redacta entre el perfume de las rosas el decreto de *Prairial*, obra maestra del Terror.

La muerte á cada línea; la muerte por una palabra, por un gesto, por un movimiento de galanteria. En efecto, aquel hombre, esencialmente sanguinario, poseia la hipocresia de un trapense. Por medio de un decreto suprime el derecho de defensa: ¡la guillotina sin trámites! Todas las cabezas bambolean en Francia. Ruamps, al oir la lectura del decreto, esclama desde su asiento: «¡Si se aprueba esa ley, no me queda mas recurso que levantarme la tapa de los sesos!»

Verdadero espadachin de la palabra, conserva siempre un golpe preparado de antemano. Cuando ataca á un adversario, no le acomete de

frente; le rodea paulatinamente; le encierra en un círculo de insinuaciones, de frases de doble sentido, y despues de haberle probado y hostigado en todas direcciones, acecha un movimiento de su víctima, y fija en ella su mirada de vívora al través de los cristales de sus anteojos. Así es como cierto dia designa por medio de reticencias á Bourdon del Oise para subir al cadalso. Bourdon, impacientado por tan estensa acusacion dirigida contra su cabeza, interrumpe al acusador, diciendo: «Acabas de decir que soy un malvado: ahora, pruébalo.»—«No he proferido tu nombre: ¡desgraciado del que se nombra á sí mismo!» contesta Robespierre.

Adulador del pueblo para hacerle desgraciado; adulador de sí mismo por medio de las lisonjas que dirige al pueblo, sabe sacar de la modestia suma utilidad para su orgullo. Sobresale particularmente en aprovechar la ocasion de alcanzar la popularidad, aunque sea por el crimen mas horroroso, y no vacilará en mandar guillotinar á una jóven idiota que llamó á su puerta, para ver, segun dijo, al tirano.

Aquella desgraciada llevaba al brazo una cesta con unas guedejas de lana; pero la encontraron encima un cuchillo: era bastante, y la criatura fué condenada á muerte. Robespierre deseaba alcanzar la palma del martirio, lo mismo que Marat, sin tomarse la pena de morir.

Y no obstante, este es el hombre, saciado hasta el colmo de asesinatos, á quien se trata con una segunda intencion de trasformar en el apóstol de la fraternidad. ¡Apóstol!... Es verdad: apóstol de la guillotina, como su colega Sanson el verdugo. ¡Ay! vale mas relegar su memoria al olvido, y que su nombre sea objeto de maldicion. La democracia no alcanzará el favor del destino hasta que haya reñido para siempre con la doctrina de la *salud pública*.

XV.

«Tú eres el peligro: yo soy la salvacion.» ¿Tú eres la salvacion? ¿quién lo afirma? Sin duda la autoridad es digna de respeto; pero no obstante, necesito otras pruebas para creerte. El partido que colocas fuera de la ley, cree tambien ser la salvacion. ¿Reconoces en él el derecho de reciprocidad? ¿Qué sucederá entonces? Como el poder se desliza constantemente de una mano á otra durante la revolucion, la doctrina de la salud pública será causa del sacrificio perenne de una parte de la sociedad por la otra, ahora en nombre de una opinion, y luego de la contraria. Dentro de poco tiempo no quedará de toda la Francia mas que el territorio despoblado, como un campo de batalla, y sobre este suelo de-

vastado el último grupo de proscriptores para recuerdo del nombre francés.

Ya se ha dicho, y es preciso repetirlo hasta la saciedad: el que usurpa la dictadura, la prepara contra sí, y de este modo cada pretendiente á la salud pública, pisoteará la ley para escalar el poder. Ahora bien: ¿qué es hollar de este modo la ley? Es precisamente restaurar lo arbitrario, que se intentaba destruir, inaugurando el régimen de la democracia.

Y no se diga para justificar la violacion de la ley, que la legalidad mataria la democracia; que gozando el pueblo del sufragio universal, votaria contra su propia soberanía, y que es preciso sujetarle las manos para precaverle del suicidio, salvo, empero, soltárselas mas tarde, cuando haya vuelto á la razon.

Pero si un pueblo, despues de haber demostrado el heroismo de llevar á cabo una revolucion, no tiene el valor de defenderla con su sufragio el dia del escrutinio; si por debilidad, ó por ignorancia, abandona su obra y se deja arrebatarse su libertad, es evidente que ni su carácter ni su espíritu están á la altura de su mision. No hay medio alguno divino ni humano para obligarle á ser libre á su despecho, y por otra voluntad que no sea la suya. La doctrina de la salud pública será tan impotente como todas las demas doctrinas para librarle de su abdicacion ó de su inercia. Arrojándole una víctima á cada hora, ó un decreto de proscripcion, no se le dará ni una sola idea, ni una sola virtud mas de las que posee: al contrario, no se hará sino confirmar mas su ineptitud y su desfallecimiento.

Solamente la tentativa, aunque abortada, de una democracia, deja siempre un rastro tras sí: cuando se ha probado una vez la libertad, persiste el deseo de conquistarla, y un dia ú otro se logra realizar este deseo; porque la libertad no es ninguna inspiracion de una hora que debamos cojer al paso ó perder para siempre. No, es una ley del tiempo; la enseñanza adquirida de la historia puede desaparecer un momento por mala inteligencia; pero la misma ley que la puso una vez en escena, volverá á presentarla siempre con probabilidades de éxito, tanto mayores, cuanto su nombre esté puro de toda mancha de sangre que pueda turbar la tranquilidad de la conciencia. Si cae la democracia, hágalo al menos con toda la nobleza de su principio: este se encargará de levantarla. Confíemos para ello en el tiempo, y mientras tanto, mostrémosla bajo su verdadera figura, para darla á conocer y conquistarle cariño; porque el rostro de la democracia no ostenta la máscara de Gorgona, sin una sonrisa de paz y bienandanza.

CAPÍTULO III.

La razon de Estado.

I.

La diferencia entre la salud pública y la razon de Estado, consiste en que la una toma el poder para restituirlo, y la otra para guardarlo; pero ambas pretenden igualmente reinar en nombre del pueblo, sin concederle parte alguna en el gobierno.

En todos los abortos de revolucion, la razon de Estado sucede generalmente á la salud pública. Si un pueblo llega al estremo de aventurar el todo por el todo en una revolucion, será probablemente para gozar mejor vida que la que ha pasado.

La Francia, al reunirse los Estados generales, llevaba aun abiertas sobre su cuerpo las sangrientas heridas del régimen antiguo. Tenia, pues, desde un principio la Revolucion toda la energía del resentimiento, y toda la mágia de la esperanza. Hacia su entrada en la libertad con la ilusion de un corazon virgen: creia ingénuamente ver en perspectiva un Edén en que solo presidiria el derecho. No mas privilegios: á cada cual lo suyo, y por consecuencia la paz y la prosperidad del pais. Por esto, al llegar la fiesta de la Federacion, obreros, fabricantes, habitantes de las ciudades y de las aldeas, todos los ciudadanos, en fin, dándose las manos, bailaban alegremente la *farandola* en derredor del árbol de la libertad.